

IDENTIDAD Y COHERENCIA: EL CONTEXTO COMUNITARIO DE LA MISIÓN DEL EDUCADOR CRISTIANO

RAMÓN COLUNGA SALGADO*

Fecha de recepción: julio de 2011

Fecha de aceptación y versión final: julio de 2011

RESUMEN

En este artículo se reflexiona sobre el carácter institucional de la vocación educadora cristiana. Las escuelas cristianas son instituciones que necesitan reflexionar sobre su identidad y su misión para formularlas de manera clara y adecuada a los tiempos. Y esa misión debe llevarse a la práctica con coherencia en todos los procesos clave del centro, especialmente en lo que se refieren a la selección, formación y acompañamiento de los educadores que en él trabajan. Por último, se hace una breve reflexión sobre lo que el educador cristiano puede y debe aportar a la misión corporativa.

PALABRAS CLAVE: centro educativo cristiano, especificidad, responsabilidad.

IDENTITY AND CONSISTENCY: THE COMMUNITY CONTEXT OF THE CHRISTIAN EDUCATOR'S MISSION

ABSTRACT

This article reflects upon the institutional character of the Christian educator's vocation. Christian schools are institutions that need to study their identity and

* Director del colegio Nuestra Señora de Europa. Getxo (Vizcaya).
<rcolungas@hotmail.com>.

mission in order to make them clear, appropriate and current. This mission must be applied consistently to all the key processes at the centre, especially those that relate to selection, training and the on going support of the educators that work within it. Finally, this article briefly considers what the Christian educator can and should bring to the corporate mission.

KEY WORDS: christian education centre, specificity, responsibility.

Desde la revista *Sal Terrae* nos invitan a reflexionar en este número sobre la vocación del educador cristiano, con la intención última de celebrarla, animarla y cuidarla. En concreto, me planteaban la pregunta siguiente: ¿qué tiene que hacer un centro educativo para que el educador sea cristiano y qué tiene que hacer el educador para que el centro sea cristiano? Entiendo que, en definitiva, se trataría de ofrecer alguna pista que pueda ayudar a destacar el carácter más comunitario o institucional de la vocación educadora.

Por lo tanto, mi reflexión se va a ceñir a la situación del educador cristiano que trabaja en un centro educativo que tiene también un proyecto o una identidad cristiana. Se trata de una identidad corporativa y de una misión compartida. No me planteo abordar en este artículo el caso del educador cristiano que trabaja y vive su vocación en un centro no cristiano. No porque no sea importante; de hecho, seguramente es la situación más habitual de muchos de nosotros que trabajamos en la enseñanza pública o en centros privados no confesionales. Pero en este caso el centro de trabajo no es responsable de la vocación cristiana del educador, que deberá cultivarla en otros contextos comunitarios, ni el educador es responsable de que el centro como tal sea cristiano, aunque sí de dar testimonio de su fe e intentar actuar de acuerdo con los valores del evangelio. Tampoco es que en la práctica las dos situaciones sean tan radicalmente diversas. Hoy en día existen muchos centros «cristianos» que, por suerte o por desgracia, por opción propia o por incapacidad para hacer otra cosa, alojan en su seno casi tanta pluralidad de personas, creencias y valores como cualquier centro público.

Una última advertencia previa es que no pretendo hacer ninguna aportación teórica o libresca, sino compartir con los lectores algunas reflexiones personales basadas en mi experiencia personal como director de varios colegios y como participante en la vida de organizaciones colectivas, especialmente de FERE-CECA.

Para empezar a abordar el tema propuesto creo que puede ayudar un breve recordatorio acerca del «círculo sociológico», es decir, de la intuición básica de la sociología: la sociedad (el grupo, la institución..., en este caso el colegio) la hacen los individuos; pero al mismo tiempo la sociedad «hace» al individuo (lo moldea, lo potencia, le abre o cierra posibilidades, etc.).

Esta reflexión se hace hoy desde muchos ángulos del estudio de las organizaciones. Por ejemplo, en la literatura sobre «identidad corporativa» o sobre «cultura de las organizaciones». En escritos pedagógicos aparece cuando se habla del «clima escolar», de la importancia de la «comunidad educativa» y del «proyecto de centro». Todos estos enfoques ayudan a ver las organizaciones como un todo que persigue unos objetivos comunes de manera armoniosa y nos ayudan a hacernos conscientes de que es muy difícil construir un proyecto personal en un entorno hostil al mismo, y es igualmente difícil (en realidad, más difícil todavía) llevar adelante un proyecto corporativo sin contar con personas que hagan suyo ese proyecto y se comprometan a fondo con él.

¿Qué puede hacer entonces una escuela cristiana para ayudar al educador a vivir su vocación? La verdad es que no pretendo descubrir ningún Mediterráneo si digo que, básicamente, tiene que hacer dos cosas: *formular y comunicar con claridad su identidad y su misión y ser coherente con la identidad y la misión formuladas.*

1. Formular y comunicar con claridad su identidad y su misión

Una institución no puede prosperar sin una conciencia clara de su identidad y de su misión, sin saber qué es y para qué existe, y sin que esa conciencia sea interiorizada por las personas que la forman y las que se rela-

cionan con ella. No es en principio imprescindible que la identidad y la misión estén formuladas por escrito o en folletos a todo color. De hecho, cuanto más evidentes y menos problemáticas resultan, menos energías hay que invertir en discutir sobre ellas. Pero en una sociedad tan plural y cambiante como la nuestra sí suele resultar necesario formularla explícitamente, de una forma que sea clara y comunicable, o sea, comprensible para una persona normal de la sociedad en la que se inserta, coherente y atractiva. Para ser capaz de hacer esto, la institución necesita tener una cierta capacidad teórica (teológica, filosófica y pedagógica) para formular su misión educadora como parte de la misión de la Iglesia hacia el mundo. Esta tarea no es fácil. Existen diversas teologías con diferentes formas de entender el mensaje cristiano, la misión de la Iglesia y la relación de la Iglesia con el mundo actual. Esta diversidad puede implicar diversas opciones en la vida diaria. Por tanto, es una gran ayuda para los que constituyen la comunidad educativa, y en concreto para el profesor o educador que se incorpora a un centro, encontrarse con una formulación de la misión que pueda entender y hacer suya. De lo contrario, el trabajo se convierte en un medio de subsistencia, pero difícilmente en expresión de una vocación personal.

Cada escuela o cada institución titular (diócesis, congregación religiosa, fundación...) debe definir su propia identidad y misión. Y no se puede decir que haya habido escasez de documentos que plasmen la identidad y la misión de la escuela católica, tanto por parte de las distintas instituciones educativas como por parte de FERE-CECA. Muchos de ellos son muy buenos. Ahora bien, su misma proliferación es un síntoma de algunos problemas de fondo no del todo resueltos. Por una parte, estos documentos a menudo no son ni suficientemente conocidos ni demasiado operativos. Aunque sería injusto meter a todas las escuelas en el mismo saco, mi impresión es que la mayoría de estos documentos tienen un impacto bastante limitado en la vida del centro. No suelen ser suficientemente conocidos ni asumidos. Y, sobre todo, no suele visibilizarse suficientemente la conexión entre sus afirmaciones y las decisiones operativas que marcan la vida diaria del colegio.

En cuanto al fondo, la pregunta a la que al final toda institución educativa debe responder es: ¿qué tiene de específico la educación de los

niños y jóvenes en una escuela católica? Tal vez la respuesta es que «nada»: no habría una manera «católica» de enseñar, como no la habría de hacer una instalación eléctrica o de pintar una casa. Enseñar bien, ayudar a desarrollar la mente de un niño, es una tarea humana y valiosa que tiene un valor religioso, como lo tiene cualquier otro trabajo humano a través del cual se sirve a los demás. Si esta fuera la respuesta, se cuestionaría de raíz la conveniencia de tener escuelas católicas (igual que la Iglesia no organiza empresas católicas de instalaciones eléctricas, aunque, por supuesto, un cristiano puede ser un estupendo electricista). Esta respuesta fue bastante común hace unos años, y creo que hoy en día está presente en la realidad de muchas escuelas que se han ido secularizando insensiblemente.

La existencia de una escuela católica debe partir del supuesto mínimo de que hay una interacción positiva entre la fe y la educación. La institución tiene que creer y proclamar que la fe cristiana puede enriquecer la educación de las personas y que la escuela puede ser una ayuda para crecer en la fe o para llegar a ella. Este supuesto es el que debe explicitarse y desarrollarse en las formulaciones de la identidad y la misión, y después encarnarse y hacerse visible en los procesos educativos de la escuela (proyectos, programaciones, metodologías, currículos...).

Entre muchas posibles cuestiones que estos documentos podrían o deberían aclarar, creo que hay algunas que tienen especial importancia hoy en día. Por ejemplo: la visión que se tenga de la cultura actual y su relación con el mensaje cristiano, ya que esto puede llevar a ver la Iglesia (y la escuela cristiana) como una «contracultura» o una «contrasociedad» o, por el contrario, como parte integrante y dialogante de la misma. De hecho, puede que esta dicotomía se encuentre en la base del desencuentro que hoy en día parece darse en nuestro país entre los obispos y muchas escuelas católicas a la hora de determinar lo que estas escuelas deberían ser y los mínimos que se deberían asegurar para que esa identidad fuera real. Me parece que, aun sin entrar en consideraciones teológicas, desde un punto de vista estrictamente sociológico sería fundamental resolver este desencuentro de un modo positivo. No resulta comprensible una situación en la que unos colegios se identifican como católicos al definir su identidad y su misión, mientras que entre los obispos católicos del

país existe la impresión generalizada de que esa identidad se está diluyendo o se ha diluido ya hasta extremos inaceptables.

Otras cuestiones relacionadas con la anterior y que afectan de lleno a la identidad y misión de la escuela católica podrían ser: ¿Se dirigen ante todo a creyentes o a toda la sociedad? ¿Su objetivo principal es evangelizar o es ayudar a las personas a desarrollarse y a equiparse para salir adelante en la vida? Ambas opciones son posibles, y ambas pueden llevarse a cabo desde una clara identidad corporativa cristiana. Pero probablemente llevan a opciones educativas distintas. La primera concibe la misión de un modo mucho más explícito, supone que acuden familias cristianas y que el colegio refuerza y completa la educación cristiana familiar. Este modelo, sin embargo, no es del todo compatible con los procedimientos de admisión que lleva aparejados el régimen de conciertos educativos. La segunda opción tiene un sentido obvio cuando la Iglesia ofrece una educación a personas o colectivos que, de otra forma, no tendrían acceso a una educación de calidad (en países menos desarrollados o en sectores desfavorecidos). Pero plantea dilemas muy serios cuando un colegio tiene que admitir a alumnos cuyas familias no tienen ningún interés real por una educación específicamente cristiana. ¿Es posible que el régimen de conciertos, que permite tener colegios abiertos a todos, sea el abrazo del oso a través del cual el Estado va, poco a poco, recortando la autonomía y la capacidad de diferenciación de los colegios cristianos? Dejo planteadas estas cuestiones a modo de ejemplo. Creo que a todas las preguntas anteriores cabe darles diversas respuestas válidas. Pero también creo que no todas las respuestas son válidas, ni todas son coherentes o comprensibles. Lo realmente importante es que existan en cada institución mecanismos para plantearlas y responderlas de forma seria y creativa.

2. Ser coherente con la identidad y la misión formuladas

2.1. *Debe existir un «círculo virtuoso» entre la misión formulada y las decisiones concretas de tipo organizativo, pedagógico, laboral, etc., que se toman en el centro.*

El ideal es lograr que la misión sea un referente que exija y acicate, pero no un ideal inalcanzable, menos aún un «papel» irrelevante, y jamás un ejercicio de cinismo. Esto exige un mínimo realismo sociológico para entender el papel real que desempeña la escuela en su contexto social y las demandas que las familias de los alumnos plantean como «clientes». En algunos casos, este realismo puede llevar a reconocer que alguna escuela no es necesaria o no es capaz o ya no está dispuesta a llevar adelante una misión como escuela cristiana. Se podrían mencionar, a modo de ejemplo, algunas de las contradicciones que con frecuencia aparecen entre la misión formulada y la realidad que se vive día a día en los colegios.

Pensemos, por ejemplo, en colegios católicos que suelen incluir en sus documentos de misión formulaciones de fuerte carácter social (opción por los pobres, formar personas que contribuyan a cambiar la sociedad, etc.), pero que socialmente son colegios «de élite», para entendernos, con una composición social muy poco representativa del conjunto de la sociedad, cuyos clientes buscan (y consiguen) mantener para sus hijos una serie de privilegios y ventajas y reclaman una oferta de servicios (viajes al extranjero, actividades extraescolares...) que resultan caros o discriminatorios.

¿O qué decir de centros que se definen como «católicos», pero que se distancian sistemáticamente de iniciativas consideradas estratégicas por los obispos: desde la enseñanza de la moral sexual y reproductiva hasta la participación en actividades diocesanas?

Ninguna de estas reflexiones pretende defender un purismo de tipo «talibán» que no existe en la realidad, ni negar lo inevitable de *cierto* grado de ambigüedad o incoherencia en toda empresa humana. Pero sí intentan llamar la atención sobre la necesidad de lucidez sociológica, de luchar contra el autoengaño y la autojustificación, o de considerar la supervivencia de la institución el bien supremo y el objetivo último de la

misma. Si no se dan ciertos mínimos de coherencia, lo que se instala es la hipocresía o el cinismo institucional.

2.2. Algunas áreas o procesos de especial interés a revisar desde la perspectiva de la coherencia de la misión serían:

— Las políticas de admisión. Si bien hoy en día la mayoría de los colegios católicos son concertados y, por tanto, las admisiones están estrictamente reguladas por la legislación, sigue siendo cierto que existen prácticas que, por acción o por omisión, hacen que el centro esté abierto a todos o no. En concreto, la existencia de cuotas disuasorias para muchas familias, la actitud acogedora o disuasoria hacia alumnos de entornos sociales desfavorecidos... Por otra parte, las normas legales hacen imposible que el centro pueda dar prioridad a las familias que realmente se identifican con su proyecto y que no vienen a él por otras razones.

— La atención a los alumnos con dificultades. Un centro cristiano debería proclamar y realizar en la práctica el principio de especial atención a los alumnos con más carencias (personales, económicas, familiares o sociales).

— Vinculación de la escuela con procesos de iniciación cristiana (pastoral explícita), bien porque ella misma los promueve y organiza, bien porque colabora con otras instancias, especialmente las parroquias, en su realización.

— La *calidad de la educación religiosa*. Parece que un colegio cristiano (evangelizador) debería cuidar especialmente este aspecto. Lo cual significa atención, recursos, personas capaces, tiempos. Significa también rigor teológico, sintonía con el magisterio eclesial (si un colegio se define como católico) y capacidad apologética para equipar a los alumnos con herramientas para defender la fe y la visión cristiana de la vida en un ambiente social donde estas son normalmente ignoradas o incluso ridiculizadas.

— *Capacidad para introducir la dimensión religiosa de la vida en el horizonte último de todos los saberes (diálogo fe-cultura)*. Este aspecto sería, a mi entender, el más específico de la educación católica. Al fin y al cabo, la catequesis y la iniciación cristiana se pueden dispensar en otros ámbi-

tos. Lo propio de un colegio es la transmisión del conocimiento y de la cultura. Lo propio de un colegio católico sería hacer esto desde la convicción de que la fe cristiana potencia el uso de la razón, que es también lo más difícil de implementar y de medir, ya que supondría una implicación de todas las áreas y departamentos. Supone que la dimensión de fe no es un asunto de los que se dedican a la pastoral, sino una preocupación de todos los profesores en todas las materias.

Cada uno de los apartados anteriores daría para un artículo independiente. Aquí únicamente puedo mencionarlos. Y añadir, resumiendo, que un educador cristiano tendría derecho a esperar que, si se incorpora a un centro que se dice «cristiano», encuentre un proyecto ilusionante, un liderazgo y unas estructuras coherentes con ese proyecto.

Pero quisiera mencionar algunos otros procesos internos de la institución que tienen que ver más directamente con la socialización de las personas que trabajan en ella y, por tanto, con el tema que nos ocupa en este artículo.

2.3. Procesos relacionados directamente con la «gestión de personal» de un centro cristiano.

Es necesario cuidar especialmente los *procesos de selección*. Es una auténtica perogrullada decir que lo primero que tiene que hacer un centro que quiera ser cristiano y tener educadores con vocación cristiana es seleccionar personas con este perfil. Sin embargo, mi impresión es que en muchas ocasiones esto no se logra, y me temo que en otras muchas no se *intenta* con suficiente empeño. Es cierto que no siempre es posible, bajo condiciones de premura de tiempo, encontrar personas que unan a la necesaria cualificación profesional una experiencia personal de fe y una vocación específica como educadores cristianos. Pero debemos ser conscientes de que: a) sin un número suficiente de estas personas (suficiente como para ser «masa crítica»), la coherencia entre la misión proclamada y la realidad será imposible; b) no es realista pensar que la formación posterior supla la ausencia de una experiencia de fe previa; y c) no es honrado decir que no se puede hacer otra cosa si primero no se han implantado unos procesos de selección serios y bien pensados, orientados a este fin.

La selección, como cualquier otro proceso, funcionará tanto mejor cuanto más implicación exista por parte del liderazgo del centro, más recursos se dediquen y más claro esté lo que se pretende. ¿Cuántos colegios católicos hacen uso de las posibilidades que ofrecen las redes sociales para captar personal? ¿Cuántos recurren a ayuda externa profesional? Los centros católicos deberían establecer redes de contacto con jóvenes profesionales católicos preparados y deseosos de desarrollar su vida profesional en la educación. Esto supone contactar con comunidades cristianas vivas, con movimientos, con universidades católicas, etc. En muchos casos será necesario salir del pequeño círculo familiar (antiguos alumnos, hijos de conocidos, asociaciones vinculadas a la propia congregación...) e ir a buscar en otros ámbitos o movimientos en los que pueda haber personas con el perfil adecuado.

Con todo esto no quiero decir que todas las personas que trabajen en un centro católico tengan que ser creyentes y practicantes, ni negar que hay muchos docentes que, sin serlo, contribuyen de manera positiva a la misión institucional. Pero creo que, si no se logra contratar a un número suficiente (y no me atrevo a traducir esto en un porcentaje concreto) de educadores cristianos, todas las definiciones de misión más bonitas y mejor formuladas serán papel mojado.

Si tuviera que decir cuál es la tarea más importante y de más impacto que realiza el director de un colegio cristiano, no vacilaría en responder que es la búsqueda, selección y evaluación del personal que va a trabajar en el centro.

Procesos de evaluación. Es imprescindible desarrollar sistemas serios de seguimiento y evaluación del trabajo y de la integración en el proyecto del centro de las personas que se incorporan, con el fin tanto de ayudar a estas personas como de interrumpir a tiempo la relación laboral en caso de que exista una percepción negativa de las posibilidades de integración y aportación positiva de la persona seleccionada. De nuevo, esto es más fácil de enunciar que de llevar a la práctica, pero es ineludible.

Procesos de formación y socialización de los profesores ya seleccionados. En estos procesos se ha trabajado mucho en estos últimos años. Creo que las instituciones titulares de los centros católicos no han escatimado es-

fuerzos ni recursos en este aspecto. Si a veces parece que los resultados no han sido los esperados, probablemente se deba a que estos esfuerzos no han estado siempre bien orientados, generalmente debido a carencias en los otros aspectos que hemos ido comentando (misión poco clara, selección inadecuada, etc.).

Estos procesos tienen mucho que ver con los de evaluación ya mencionados. En principio, se trata de procesos diferentes, aunque en la práctica pueden ser difíciles de separar. Es otra tarea difícil, que demanda tiempo y atención. Pero pocas acciones pueden representar de un modo más visible y concreto el carácter cristiano de una institución que su capacidad de atención y cuidado personal hacia las personas que se incorporan. Por otra parte, siempre hay alguien que, consciente o inconscientemente, realiza esta función... y que no siempre es quien está más identificado con los objetivos de la institución.

Al implantar estos procesos, se pueden presentar dilemas difíciles de resolver, como, por ejemplo, compaginar la estabilidad en el puesto de trabajo con la necesidad de encontrar formas de separar del centro a las personas que no aporten nada a su misión específica. Nadie dice que la vida sea fácil para los líderes de un centro cristiano.

Facilitar ocasiones para *compartir la fe*. Si la institución como tal quiere ser cristiana, tiene que tener momentos de celebración, oración y adoración. Esto, en mayor o menor medida, se hace en todas las escuelas católicas. Pero, a riesgo una vez más de cometer injustas generalizaciones, tengo la impresión de que la liturgia, el arte y la música deberían jugar un papel más determinante en la vida de las escuelas católicas del que normalmente juegan. Sospecho que necesitamos espacios sagrados más cuidados, en los que la belleza conduzca al misterio por el camino de los símbolos, y donde las celebraciones no sean tan predominantemente moralizantes como ahora lo son.

Cultivo explícito de la vida espiritual de los educadores. Se podría argumentar que esta tarea no es propia de la escuela como tal. Los educadores que en ella trabajan pueden tener sus propias referencias espirituales y comunitarias fuera de la escuela (en su parroquia, en un movimiento eclesial, etc.). Esto, sin duda, es deseable, pero no excluye que la escuela

se ocupe también de esta dimensión. En primer lugar, porque la fe no es una realidad puramente interior, sino que, por su propia naturaleza, tiende a expresarse y celebrarse de forma externa y comunitaria. Sería extraño y artificial que una escuela católica constituyera un ámbito «secular» en el que lo religioso no se visualizara en gestos, símbolos, ritos y celebraciones. Además, en ciertas ocasiones o para ciertas personas podría darse el caso de que fuera de la escuela no resultara fácil cultivar la propia fe, y en este caso la escuela podría y quizá debería asumir esa función, siquiera de modo subsidiario y temporal. El modelo que parece más adecuado es la «capellanía», es decir, la existencia de un servicio pastoral organizado dirigido (también) al claustro y capaz de ofrecer diversas oportunidades de crecimiento y cultivo espiritual (acompañamiento personal, celebración de los sacramentos, espacios de oración, formación personalizada...).

Saber reconocer y valorar la labor y la vocación de las personas que viven su trabajo como servicio y testimonio. *Saber respetar los tiempos y momentos personales* de los educadores y ayudarles a conciliar su vida profesional y su vida familiar. Puede ocurrir que las personas más comprometidas con el proyecto cristiano del centro perciban que no se reconoce su labor o que no se tienen en cuenta sus condicionamientos familiares (o, peor aún, que siempre son los «pringados» del claustro).

Hacer sentirse partícipes a los educadores de la misión del centro. La mayoría de las instituciones religiosas hablan de «comunidad educativa». La participación es, sin embargo, una de las asignaturas pendientes. La razón es que no resulta fácil encontrar modelos de participación adaptados. Es fácil oscilar entre un modelo «democrático», tendente a convertir el centro en una cooperativa de profesores, y un modelo «autoritario» que hace de los trabajadores del centro meros espectadores de las decisiones tomadas por los titulares de los mismos. A veces se da incluso una mezcla de lo peor de los dos sistemas. Pero es difícil establecer mecanismos de participación reales preservando al mismo tiempo la capacidad de la entidad titular de ejercer una dirección efectiva y de garantizar la coherencia de la misión de la que venimos hablando. Parece claro que se deben desarrollar prácticas efectivas de comunicación horizontal y vertical, de consulta y de transparencia en la toma de decisiones.

Los colegios católicos de España, tanto a nivel de cada entidad titular como a nivel de sus organizaciones corporativas, han realizado en los últimos diez o veinte años un enorme esfuerzo de reflexión acerca de su identidad y misión y han generado un gran «corpus» de documentos sobre todas estas cuestiones. Pero creo que sería poco honrado decir que los resultados no han correspondido del todo al esfuerzo realizado. Al cabo de estos veinte años, tenemos centros seguramente mejor organizados, más profesionales y mejor gestionados, pero también, generalmente, más secularizados, más «homogeneizados», con menos perfil propio y con dificultades para mostrar indicadores comprobables de su eficacia evangelizadora. Se impone una actitud de humildad, de escucha de las críticas que llegan desde fuera y desde dentro de la propia iglesia, y de valentía para tomar decisiones que permitan explicitar mejor y poner en práctica con más decisión su misión específica.

3. ¿Qué puede hacer un educador para que una escuela sea cristiana?

El artículo quedaría incompleto si no hiciéramos una reflexión, aunque sea más breve, acerca del otro polo del círculo sociológico. El educador cristiano debe ser consciente de su propia responsabilidad en la construcción de una escuela cristiana. Esto supone para él, como mínimo:

— *Tomar conciencia y hacerse responsable de su propia vocación como educador.* Es preciso resaltar que la responsabilidad personal es indelegable. Nadie puede escudarse en las carencias o incoherencias de la institución para evitar asumir su propia responsabilidad ante Dios, ante su conciencia, ante el horizonte del Reino. Ninguna estructura, ningún líder, puede suplir el carácter profundamente personal de la propia fe como respuesta personal a la llamada de Dios. La fe personal, que se alimenta en la oración y en la familiaridad con la Palabra de Dios, en los sacramentos, en la liturgia y en la participación en la vida de la comunidad cristiana. Nadie puede vivir una vocación cristiana (como educador o en cualquier otra profesión o ministerio) sin alimentar su fe y sin cuidar su propia «alma». Cada educador es responsable también de cultivar las vir-

tudes que sustentan una vida humana y cristiana que merezca la pena (las perennes virtudes cardinales y teologales que estudiábamos en el catecismo), así como las propias del trabajo del educador (paciencia, escucha, colaboración, esperanza en la mejora y educabilidad del otro, etc.).

— *Implicarse y comprometerse con el proyecto común.* La vocación individual debe vivirse de manera que resulte leal con el proyecto corporativo. El educador cristiano tiene la responsabilidad, el deber, de conocer bien la misión de la institución, de hacerla propia, de contribuir a formularla, actualizarla, discernirla y, sobre todo, llevarla a la práctica. Esta implicación no siempre será cómoda: a veces puede requerir convertirse en «conciencia crítica» de la propia institución, y a veces (es de esperar que con poca frecuencia) podría requerir «sacudir el polvo de las sandalias» y abandonar una institución para buscar otro entorno más favorable al desarrollo de la propia vocación. Hay ocasiones en que son necesarias decisiones dolorosas pero clarificadoras para todos los implicados.

— *Aprender a testimoniar su fe de manera explícita.* Vivimos en tiempos de secularización rampante y de privatización de los sentimientos religiosos. Precisamente por ello, es importante resistirse a las tendencias que quieren reducir la fe al ámbito privado. Hay un respeto mal entendido que lleva a que, incluso en instituciones que se definen por su identidad cristiana, parezca de «mal tono» hablar de la propia experiencia religiosa, orar en público o expresar opiniones políticamente incorrectas en ciertas materias. Es necesario un grado de convicción personal y de valentía que nos haga capaces de mostrarnos como somos, sin jactancia, pero sin complejos.

Reflexión final

La educación católica es una parte de la misión de la Iglesia y se enfrenta a las mismas dificultades que tiene esta en su conjunto para transmitir su mensaje de salvación a una sociedad que cree no necesitarlo y que, por tanto, no tiene interés en escucharlo. Por otra parte, al menos en la sociedad española, las instituciones educativas católicas tienen un peso y una implantación muy grande, que les permite ser, al menos en teoría,

presencia real, cercana, diaria, de la Iglesia en la vida de millones de familias. Nada es más importante para unos padres que el bienestar de sus hijos. Si encuentran en las instituciones educativas de la Iglesia un lugar donde sus hijos y ellos son queridos, atendidos y ayudados, existe la oportunidad también de que puedan escuchar y dejarse interpelar por el mensaje que da sentido a esa institución y a las vidas de los educadores que trabajan en ellas. Este es el gran reto y la gran oportunidad de las escuelas católicas y lo que puede convertirlas en un lugar privilegiado de trabajo para aquellos cristianos que se sientan llamados a ejercer esta peculiar forma de servicio y ayuda a los demás.

editorial 
SAL TERRAE



JAMES MARTIN, SJ

**«Más en las obras
que en las palabras»**

*Una guía ignaciana
para (casi) todo*

400 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 21,00 €

Desde el principio, Ignacio exhortó a los jesuitas a compartir las ideas, tradiciones, prácticas y conocimientos de la Compañía con todo el mundo, incluidos los laicos, hombres y mujeres. A menudo, la proverbial «sabiduría» que los jesuitas aplican para ayudar a los demás en su vida diaria no es debidamente explicada. Esta obra traduce las intuiciones de Ignacio a la sensibilidad moderna y revela cómo podemos encontrar a Dios –y cómo puede Él encontrarnos a nosotros– en el mundo real del trabajo, la toma de decisiones, la oración, la amistad... y el amor al prójimo; un amor que, en palabras del propio Ignacio, «se debe poner *más en las obras que en las palabras*».
